

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, CONFESOR

Día 12 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Aunque no se sabe de cierto cuál fue la patria de Santo Domingo de la Calzada, la mayor probabilidad está á favor de Vitoria, lugar pequeño en la Cantabria, por decirlo así un leccionario muy antiguo de la iglesia Asturicense, que refiere su vida. Nada se sabe de los padres venturosos que dieron fruto de tanta bendición al mundo; pero se cree que fueron pobres, aunque virtuosos, por la educación que dieron á su hijo, en quien desde la edad juvenil habían ya echado profundas raíces las más sublimes virtudes. Siendo joven, y sin letras, meditó y decidió que le era mejor retirarse á la religión, y profesar su austeridad y obediencia, que vivir expuesto á los peligros del mundo. Con este pensamiento llegó al abad de Valvanera, de la Orden de San Benito, y le pidió humildemente que le admitiese en su compañía y le enseñase las doctrinas cristianas y sagradas que eran necesarias para poder ayudar á sus hermanos en la instrucción de los pueblos. La petición no podía ser más justa; sin embargo, no fue admitida por aquel abad. Lo mismo le sucedió en el convento de San Millán.

Viendo el Santo frustrados sus deseos, se fue á un santo ermitaño que hacía vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al convento de San Millán, y le pidió instrucciones para arreglar su vida de tal modo, que se cumpliesen en parte sus deseos. El ermitaño le hizo

una breve plática acerca del desprecio del mundo, y le ofreció una pobre celdilla que había hecho para sí, dispuesto á dejar aquel sitio y buscar otro en que continuar su vida solitaria luego que quisiese hacerla en él su huésped. No quiso aceptar Domingo tan generosa oferta, y así se marchó á un sitio de la Bureba, donde , hoy es la ciudad que tiene su nombre. Estaba aquel sitio muy lleno de malezas, y por lo mismo era muy á propósito para aquellos hombres perversos que se hacen asesinos de sus mismos hermanos, cuando los encuentran en los caminos sin defensa. En poco tiempo, no solamente dispuso con el sudor de su rostro un huerto hermoso y fecundo; no solamente plantó viñas, con cuyo fruto pudiese consolar y restablecer á los fatigados peregrinos que por allí pasaban, sino que además edificó una ermita en honor de la Madre de Dios, en donde dirigía sus fervorosas oraciones al Cielo.

Cinco años permaneció allí el Santo, ocupado en ejercicios fervorosos de contemplación y de caridad, hasta que, viniendo por aquel sitio un santo llamado Gregorio, obispo de Ostia, que había sido enviado á España por el Sumo Pontífice á negocios muy interesantes, se juntó con él para gozar de su doctrina y hacerse participante de los muchos merecimientos que contraía predicando la palabra de Dios.

Con este santo varón estuvo Domingo bastante tiempo, acompañándole en todas sus evangélicas expediciones, contentísimo de servir de algún modo á un tan gran santo en el ministerio de la palabra, ya que él no era capaz de predicarla sino con el ejemplo, que es más eficaz.

Muerto San Gregorio, tuvo Domingo que entrar en consulta consigo mismo sobre el método que había de guardar en su vida. No deseaba otra cosa que servir y

aprovechar á sus hermanos, cumpliendo el primero y mayor de los preceptos; y para este fin consideró que en parte ninguna podría hallar materia tan abundante como en aquel mismo lugar, de donde salió para juntarse con San Gregorio. Volvióse á él, y comenzó á proseguir con más eficacia la obra que antes había comenzado. Taló aquellos trozos de bosque que impedían más la seguridad; cegó algunos lugares pantanosos é hizo construir un puente muy seguro y costoso, concurriendo voluntariamente á ayudar sus intenciones benéficas todos los pueblos comarcanos. De este modo, en breve tiempo se dispuso aquel camino tan cómodamente, y se edificaron en aquel sitio tan multiplicadas habitaciones, que ha llegado á ser una población numerosa, que, por ser fundación de este Santo, se llama Santo Domingo de la Calzada.

Sucedió un día de fiesta que, habiéndose publicado en el ofertorio de la Misa una súplica, de parte del Santo, para el que tuviese devoción ayudase como quisiese á la construcción del puente, un villano quiso burlarse del Santo con una burla muy pesada. Todos los demás habían ofrecido, según sus facultades, unos sus carros, otros sus caballerías, otros sus brazos y dinero, esmerándose cada uno en adelantarse al otro. Entre tanta gente piadosa no faltó, pues, un rústico temerario é indevoto, que dijo de esta suerte: Yo ofrezco por un día, para la obra del puente, dos toros que tengo en el monte, con condición que el P. Domingo los traiga. Eran los toros feroces en extremo, y el rústico hacía aquella promesa ilusoria en la confianza de que el Santo no iría por ellos, pues estaba seguro de que lo mismo sería acercarse á ellos, que hacerle pedazos. Pero, sonriéndose el Santo, dijo: *Con el favor de Dios voy á poner en ejecución el cumplimiento de tu oferta.* En efecto, fue el Santo al monte, y al punto que le vieron los indómitos animalitos, se vinieron á él como mansos corderos; tomólos por las astas, unciólos á

un carro, y trabajaron cuanto se les mandó, como si fueran bueyes bien domados.

No contento el Santo con haber dispuesto un buen camino para los peregrinos, dispuso fabricar un hospital en donde fuesen recogidos y refrigerados del cansancio y las fatigas. En esta fábrica se le ofrecieron algunas contradicciones que superar, ya por la madera que fue necesario cortar de un monte vecino, y ya porque, habiendo hecho un pozo para comodidad del hospicio, comenzaron á quejarse algunos malcontentos de que se les había hecho no sé qué injuria. La primera contradicción se desvaneció fácilmente viendo que Santo Domingo, sin más auxilio que una pequeña hoz, cortaba y derribaba encinas enteras; pero la segunda tuvo consecuencias más funestas. Llegó á tanto el atrevimiento y encono de aquella gente enfurecida, que llegaron á apedrearle. El Santo, en lugar de huir, se vino á los mismos que le maltrataban, quienes, al verle libre de sus piedras y con un rostro sereno y majestuoso, cesaron de perseguirle, cayéndoseles las piedras de las manos y la ira del corazón.

Un día vino á visitarle una devota mujer, que era comadre del Santo, y, como para obsequiarla, quiso enseñarla el sepulcro que se tenía ya prevenido. Viéndolo la mujer, le dijo: *¿Qué motivo habéis tenido para disponer vuestro entierro tan lejos de la iglesia?* A lo cual respondió Santo Domingo: *No tengáis cuidado de eso, señora: la Divina Providencia cuidará de que mis miembros reposen en lugar sagrado; porque os hago saber que, ó la iglesia seguirá mis pasos extendiendo á este lugar su recinto, ó mis miembros disfrutarán de sus favores.* El suceso manifestó que habló con espíritu profético, pues con el discurso de los tiempos vino el sepulcro á estar dentro de la iglesia.

Lleno de virtudes y merecimientos, habiendo llegado á una edad avanzada, que gastó por la mayor parte en beneficio de sus prójimos, conociendo que se le acercaba el tiempo de unirse perpetuamente con Dios, acrecentó los ejercicios de piedad, y procuró disponerse para dejar este destierro y caminar á la patria de los justos. Recibió con suma devoción los santos sacramentos de la Iglesia, y durmió en el Señor á 12 de Mayo del año de 1109, dejando á sus familiares llanto en los ojos y ejemplos de celestial doctrina fijados en el corazón. Su cadáver fue sepultado en el sepulcro que de antemano se había dispuesto, el cual glorificó Dios con repetidos milagros en testimonio de la santidad de Domingo.

Entre todos los que han disfrutado su poderoso patrocinio, se ha señalado el mismo pueblo de la Calzada. Es digno de perpetua memoria el prodigio con que fue librada esta ciudad de un horroroso exterminio con que la amenazada el rey D. Pedro. Había seguido, en la división civil que acaeció sobre el reinado de los dos hermanos D. Pedro y D. Enrique, el partido de este último. Por tanto, vino sobre ella D. Pedro, la cercó y estrechó hasta el último apuro, con designio de hacer en sus habitantes un escarmiento que confirmase el renombre de *Cruel*. Ya veían los acongojados vecinos difundirse el fuego por todas sus habitaciones, devorar la ciudad entera y amenazar el desapiadado cuchillo á todas sus gargantas. En tamaño conflicto recurrieron con lágrimas y fervorosas oraciones á Santo Domingo. Cuando la mayor parte del pueblo afligido estaba derramando súplicas y gemidos alrededor del santo sepulcro, he aquí que todos oyeron una voz milagrosa que los dejó suspensos. Inmediatamente aparecieron y dejaron verse por una ventanilla que tenía el sepulcro dos manos blancas como la nieve, en lo que entendieron que el brazo omnipotente del Todopoderoso se declaraba en su defensa. Permanecieron algún tanto las manos visibles, y volvieron

á esconderse dentro del sepulcro, dejándolos á todos llenos de turbación, de consuelo y de esperanza. En el ínterin, el rey D. Pedro se aceleraba á ejecutar la venganza que tenía sentenciada; pero ¡oh prodigio!, al llegar con su ejército á una montañuela que domina la ciudad, todo él se halló cercado de una espesa y negra nube que le dejó en tinieblas. El mismo Rey y todos sus soldados se hallaron de pronto con tanta agua en los ojos que los dejó como ciegos, de manera que no, podían moverse del sitio en que se hallaban sin darse unos con otros. Volvieron en sí conociendo el milagro, pidieron perdón á Dios y á Santo Domingo; mandó el Rey dejar libre la ciudad, y que marchase el ejército hacia otra parte, y luego recobraron la luz y la vista que antes habían perdido.

Otros muchísimos milagros se refieren de este glorioso Santo, que sería muy largo referirlos: todos manifiestan su gran santidad, el afecto con que desde el Cielo mira á sus devotos, y la gloria que recibe Dios de que le pidan mercedes por medio de este siervo suyo.

LOS SANTOS NEREO Y AQUILEO, Y SANTA DOMITILA, MÁRTIRES

Hs muy célebre en la Iglesia, desde el segundo siglo, la memoria de los santos mártires Nereo y Aquileo, siendo su culto de los más antiguos que se solemnizan en ella. Eran dos hermanos que, habiendo entrado al servicio de la princesa Domitila, sobrina del emperador Domiciano, siendo aún muy niños, tuvieron la dicha de ser instruidos en la fe, y bautizados por el mismo apóstol San Pedro, juntamente con toda aquella ilustre y santa familia, que derramó con el tiempo su sangre por Jesucristo.

Refieren las actas más antiguas de los dos Santos

que, viendo un día el cuidadoso desvelo con que la Princesa se estaba vistiendo y adornando para recibir la visita del conde Aureliano, con quien estaba desposada, lo sintieron vivamente y, animados del celo que tenían por la salvación de su alma, la representaron con cristiana libertad, pero con el mayor respeto, cuan indigno era aquel prolijo cuidado de agradar á un hombre mortal, de una alma que ellos habían creído siempre destinada para ser esposa de Jesucristo, y para aumentar el augusto escuadrón de las santas vírgenes. Hizo tanto efecto esta exhortación en Domitila, que, volviéndose á los dos hermanos, les dijo: *Pues Dios se ha valido de vosotros para inspirarme el deseo de ser esposa suya, tratad de conseguir que logre cuanto antes la honra de traer la divisa que se acostumbra, y de obligarme solemnemente á no reconocer jamás otro Esposo que á El.* Hablaba la Santa de la bendición que recibían en aquel tiempo las vírgenes, y del velo que traían en la cabeza en señal del celibato.

Muy gozosos Nereo y Aquileo, y no menos consolados al ver la bendición que había echado el Señor á su celo, corrieron al papa San Clemente, sucesor inmediato de San Pedro, y le dieron cuenta de la resolución en que estaba la princesa Domitila de no perder jamás el precioso tesoro de la virginidad. Dio gracias el santo pontífice al Señor, y pasando luego al palacio de la Princesa, á quien halló más determinada que nunca á no admitir otro Esposo que á Jesucristo, le dijo: *¿Has pensado bien, hija mía, el fuerte combate que te espera? ¿Y tendrás valor para prometerte victoria? Tu amante irritado del que reputa desaire, infaliblemente te acusará al Emperador de que eres cristiana; y entonces ¡oh buen Dios!, ¿á qué tentaciones tan furiosas no se verá expuesta tu fe y tu constancia? Ni ¿cómo podremos tú y yo evitar entonces el martirio?—¿Y qué mayor dicha nos podrá suceder?,* respondió la Santa: *yo fío poco de mis*

fuerzas, pero todo lo espero y todo lo confío de la poderosa gracia de mi Esposo Celestial, y la persecución no hará más que adelantar nuestra felicidad y nuestra gloria.

No tardó mucho tiempo en cumplirse lo que había pronosticado el santo pontífice; porque, informado Aureliano del partido que había abrazado Domitila, entró en una especie de furor y, después de haber empleado inútilmente promesas y amenazas, hizo asegurar á todos los que sospechó habían tomado parte en la mudanza de la Princesa.

Los primeros de quienes se echó mano fueron Nereo y Aquileo, confidentes de Domitila, persuadido el Conde á que, ganados éstos, presto rendiría á la Princesa. Valióse de cuantos medios pudo para derribar su religión: de halagos lisonjeros, de esperanzas, de promesas tentadoras y de solitaciones; pero nada fue bastante á trastornar ni aun mover ligeramente la fe de los siervos de Dios, cuya constancia irritó tanto la cólera de Aureliano, que consiguió fuesen al punto despojados de sus vestidos y azotados con toda la crueldad imaginable; pero la alegría que mostraron los Santos en este tormento le hizo perder toda esperanza de pervertirlos, y así fueron declarados por cristianos, y consiguientemente por enemigos del Emperador y del Estado. Temiendo que su firmeza aumentase la de Domitila, sirviéndola de ejemplo, fueron enviados á Terracina, para que el cónsul Minucio Rufo les formase causa.

Esta se substanció presto. Mandóles que renunciasen la fe de Jesucristo, y que en el mismo punto ofreciesen incienso á los ídolos. Respondieron, con una intrepidez que asombró al mismo tirano, que habiendo sido bautizados por el apóstol San Pedro, y habiendo sido alumbrados con las luces de la fe, no reconocían otro

Dios que el Dios de los cristianos; llorando la desgracia y la ceguera de los gentiles, que se forjaban casi tantos dioses como hombres; siendo lo más deplorable que en sus falsas divinidades no adoraban más que sus verdaderas pasiones.

Enfurecióse el tirano al oír una respuesta tan breve como determinada, y mandó que al punto fuesen puestos en el potro. Los agudísimos dolores que sentían sólo sirvieron para encenderlos más y más en el amor de Dios, saliendo al semblante el gozo que llenaba el corazón; tanto, que, temiendo el tirano que esta maravilla hiciese impresión en el ánimo de los paganos, les hizo cortar la cabeza el día 12 de Mayo del año 98, y sus cuerpos fueron ocultamente recogidos por su discípulo Auspicio y enterrados en la vía Ardeatina, á media legua de Roma, donde con el tiempo se edificó una iglesia para eterno monumento del triunfo de estos gloriosos mártires.

No se alteró por su muerte la fe de la ilustre virgen Domitila; pero, atendiendo el Emperador á su nacimiento, á su nombre, á su hermosura y á su mérito, no se resolvió á quitarla la vida, y se contentó con desterrarla á la isla de Poncia, cerca de Terracina, de donde Aureliano consiguió que se la levantase luego el destierro y que se la llamase á la misma ciudad, no desconfiando todavía poderla reducir á su voluntad; para cuyo fin tuvo modo de introducir en su casa dos jóvenes doncellas, hermanas de leche de la misma Domitila, que se llamaban Eufrosina y Teodora, con objeto de seducir y convencer á la Princesa á que se casase con el Conde; mas, lejos de conseguirlo, vio con sorpresa la conversión de las dos hermanas.

Llegando á noticia de Aureliano lo que había sucedido, resolvió desatar la rienda á los efectos de su resentimiento, sin aguardar ya más medidas; y habiendo

ganado fácilmente la voluntad del Cónsul, hombre cruel y enemigo mortal de los cristianos, hizo poner fuego á la casa donde estaba Domitila con sus dos neófitas, y todas tres fueron inmoladas, puras víctimas del Dios vivo, consumando de esta manera su glorioso martirio. Al día siguiente acudió el diácono Cesáreo para recoger aquellas preciosas cenizas; pero se quedó admirado cuando las encontró á todas postradas, el semblante contra la tierra, como si estuvieran en oración, sin que el fuego que consumó su sacrificio hubiese tocado ni á uno de sus cabellos: tomó los santos cuerpos y los enterró en un lugar donde, con el tiempo, se edificó una iglesia.

La Misa es del común de confesor no pontífice, y la oración la siguiente:

Clementísimo Dios, que te dignaste adornar á tu bienaventurado confesor Domingo con virtudes tan excelentes: concédenos que por la intercesión de un justo, cuyo nacimiento para el Cielo celebramos en este día, seamos libres de las cadenas con que nos aprisionan nuestros pecados, y merezcamos gozar de su compañía en los Cielos. Por Nuestro Señor Jeuscristo, etc.

La Epístola es del cap. 31 de la Sabiduría.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna; pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto, sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregación de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES

¡Bienaventurado el varón que fue encontrado sin mancha, y el que no sé fue tras del oro, ni puso su esperanza en el dinero y en los tesoros! ¿Quién es éste, y le daremos alabanzas? Porque hizo unas cosas admirables en su vida. Si se reflexionan bien estas palabras de la Santa Escritura, se hallará que en todos tiempos ha sido la misma la avaricia de los hombres por juntar tesoros, y la fuerza de éstos para hacerse esclavos los corazones. Entre cristianos y entre gentiles, entre sabios é ignorantes, entre los jóvenes y los viejos, siempre el oro ha tenido, más ó menos, una fuerza mágica para corromper las almas. ¡Qué cosas tan prodigiosas no le atribuyen los paganos en sus fábulas! ¿Qué virtud, pues, no será necesaria para despreciarle? Ya lo insinúa el Espíritu Santo cuando, después de ensalzar por dichoso y bienaventurado á aquel varón robusto que no se dejó llevar de sus atractivos, pregunta: ***¿Y dónde está éste? ¿Dónde se hallará un hombre de tanta virtud, que tenga valor para despreciar lo que apetecen todos con tanta ansia, y por lo que exponen tan frecuentemente sus haciendas y sus vidas?***

En los tiempos en que vemos tan propagada la religión sacrosanta de Jesucristo, somos tan felices que podemos manifestar muchos ejemplos de esta heroica valentía. Pudiéramos dar á aquella pregunta del espíritu divino muchas respuestas categóricas, señalando infinitos discípulos del Crucificado, que no solamente han apartado su corazón del oro; que no solamente no han colocado en él sus esperanzas, sino que le han hollado, que le han mirado con sumo desprecio; que han colocado su felicidad en padecer una santa pobreza; y, últimamente, que cuando le han tenido no le han estimado, sino en cuanto les proporcionaba el mérito de despreciarle, ó de emplearle en los pobres de Jesucristo. Cuando nuestra religión divina no tuviera otro apoyo de su sublimidad, este desprecio solo, superior á las fuerzas

naturales del hombre, siempre que sea una verdadera virtud provechosa para alcanzar la vida eterna, bastaría para ensalzarla y caracterizarla de sobrenatural y divina.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos, y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que, en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que, cuando venga el Señor, los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y, pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto: que si el padre de familia supiera á qué hora vendría el ladrón, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad también vosotros prevenidos, porque, en la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del Hombre.

MEDITACIÓN

Sobre los efectos maravillosos de la caridad.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la caridad es tan maravillosa en sus efectos, que de un modo admirable parece que junta extremos opuestos y contrarios, de manera que al pobre le hace rico.

Por pobre que seas, dice San Agustín, siempre tendrás que, con tal que tengas henchido el pecho de caridad. Esta virtud, es una deuda que siempre tienes á favor de tu prójimo. Se paga cuando se ejercita, y se debe cuando se recibe, porque no hay tiempo alguno en que no se deba ejercitar. Considera bien y despacio sus

propiedades, que al mismo tiempo que te admiren, es preciso que te enamoren el alma. *No se pierde la caridad*, prosigue el mismo Santo, *cuando se presta, sino que, antes bien, prestándose se multiplica: se presta y, sin embargo, te quedas con ella sin padecer desfalco alguno, porque, el que la tiene, es quien la ejercita, no quien carece de ella. Y siendo verdad que no se puede dar si no se tiene, ni tenerla sin darla, lo es también que tanto más crece la caridad cuanto más se ejercita, y tanto más se adquiere de ella cuanto son más aquellos á quienes se dispensan sus oficios. No se gasta la caridad como se gasta el dinero; porque, además de que éste se disminuye y aquélla se aumenta, se distinguen también en que, no pidiendo la deuda pecuniaria, nos hacemos más gratos á nuestros deudores; pero, al contrario, nunca manifestamos á nuestro prójimo más benevolencia que cuando exigimos que nos corresponda en la caridad con que le amamos y servimos; y así, no puede ser buen gastador ó distribuidor de caridad el que no sea también un recaudador benigno.*

i Grande consuelo para los que se determinan á ser caritativos! Si lo que ata tus manos para distribuir los bienes que te ha dado el Cielo, á fin de que con ellos socorras á los pobres, es un temor necio de que te puede faltar, sal ya de ese engaño: nada se posee con más seguridad que lo que se emplea en socorrer al necesitado. Y no solamente esto, sino que tanto más tendrás cuanto más dieres. Porque, además de la autoridad de San Agustín y de todos los Santos Padres que dicen lo mismo, ¿cómo es posible que nos engañe la misma Verdad por esencia? ¿No tiene dicho el Espíritu Santo: deja el cuidado de ti al Señor, que El te alimentará?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la caridad no solamente hace al pobre verdaderamente rico, dándole

una abundancia y un tesoro inagotable en el desprecio de los bienes terrenos y en la complacencia que halla en repartirlos á los pobres, sino que, además de cobarde y apocado, le hace fuerte y valeroso; hace que las cosas más graves y pesadas de suyo le sean ligeras y gustosas; le da, esfuerzo para vencer las adversidades y contradicciones, y de un hombre miserable , incapaz por sí mismo de ninguna obra que no lleve consigo el sello de su bajeza, forma un hombre nuevo, invencible, incapaz de pensar cosas miserables y pequeñas, y tal que más parece un ángel que administra el poder de Dios, que un puro hombre que obra por sus propias fuerzas.

Ya San Pablo describió con bastante prolijidad todos estos efectos de la caridad, y otros muchos, en la epístola primera á los corintios; y hablando de sí mismo, en la que escribió á los romanos, pregunta: *¿Quién será capaz de separarnos de la caridad de Cristo? ¿La tribulación acaso, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el peligro, ó la persecución, ó el cuchillo? Todo esto lo vencemos por Aquel que nos amó antes que nosotros le amásemos; y así estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni lo elevado, ni lo profundo, ni criatura alguna, sea la que fuere, podrá separarnos del amor de Dios, que está en Nuestro Señor Jesucristo.* Cuando lees estas expresiones animosas, se conmueve tu corazón ciertamente. Conoces el poder de la gracia de Dios; conoces que, así como en las cosas terrenas se ve que nada es penoso ni difícil al que verdaderamente ama, con mucha más razón se verifica esto mismo respecto de las cosas celestiales y divinas. Te vienen á la memoria los hechos de los mártires, y te admiras de que en el tierno pecho de una doncella cupiese el valor necesario para presentarse voluntariamente al tirano y vencer los tormentos más atroces, dando alegre su vida, cantando himnos y

cánticos á Jesucristo. Las penitencias de los confesores, la abstracción y soledad de los anacoretas, la castidad y obediencia de los monjes, y sobre todo el desinterés y santa liberalidad con que todos ellos se desprendían de los bienes que tanto apetece el resto de los hombres, te admiran, te sorprenden y te llenan de confusión. Pues todas esas heroicas acciones no tienen otro secreto que la caridad. Si esta divina virtud habita en tu pecho, por fuerza te verás inflamado para manifestarlo en los efectos.

Te acometerán todos los contratiempos, todas las persecuciones, todos los trabajos del mundo; tu honor será lacerado acaso por una negra calumnia; tus bienes los verás en manos de tus enemigos por medio de una violenta usurpación; tus méritos y trabajos lograrán abandono y desprecio en lugar de recompensa. Pero, si tienes caridad, todo esto lo vencerás fácilmente.

JACULATORIAS

Dios mío, yo sé que, así como el agua apaga el ardor del fuego, de la misma manera la limosna y todo ejercicio de caridad resiste al pecado, y no permite que entre en el alma.—*Eccles.*, cap. 3.

Por tanto, más quiero una medianía ó pobreza teniéndoos á Vos y, que sois fuente de toda justicia, que la opulencia de los poderosos destituido de vuestra amistad y de vuestra gracia.—*Ps.* 36.

PROPÓSITOS

1. Tú tendrías en tu alma todos los admirables efectos de la caridad, si, como has tenido ocasiones y auxilios para ejercitarla, hubieras tenido valor, esfuerzo y voluntad de poner por obra lo mismo que en aquel

instante te habías persuadido. Encontraste á un pobre miserable y llagado; al punto te acordaste que en él estaba representado Jesucristo; luego se siguió el deseo de favorecerle y aliviar de algún modo su miseria; á éstos efectos sucedió la contemplación de que semejantes obras tienen un premio eterno, además de la satisfacción que causa la obra buena por sí misma. Y qué, ¿te resolviste á darle una limosna cuantiosa, capaz de aliviarle su miseria? No: un miserable cuarto ú ochavo fue todo el fruto de los influjos y sugerencias de la caridad. Oyes la opresión que padece una pobre viuda cargada de tres ó cuatro hijos, que por su pequeñez apenas saben ni pueden otra cosa que aumentar con sus continuas lágrimas los amargos gemidos de la madre, que se ve con una imposibilidad manifiesta de alimentarlos. Una pequeña y reducida hacienda pudiera aliviar sus congojas; pero un avariento se la tiene secuestrada con un pleito injusto, y tiene esperanzas ciertas de prevalecer contra la pobreza indefensa. La caridad te dicta que la ampires, que te opongas como un muro fuerte contra la perversidad del invasor injusto. ¿Y pones por obra estas santas inspiraciones? No.

2. El temor de conciliarte un enemigo poderoso acobarda á tu corazón; el apego al dinero ata tus manos; el necio recelo de que podrá hacer falta á tu familia lo que gastes en la piadosa obra de socorrer á un necesitado, desvanece todos los caritativos pensamientos que habías concebido. ¡Oh santa caridad, que así hayan de vilipendiar los hombres tu poder y tus influjos! Conoce ¡oh cristiano! tu error; conoce que todos tus temores son vanos y fantásticos; que, cuanto emplees en socorrer al oprimido, te lo volverá Dios con ganancias, aumentando aun en este mundo tus riquezas; así lo haré, Dios mío, y mi caridad será perfecta; así os lo prometo con toda mi alma; y si, hasta aquí, el temor, la cobardía ó el demasiado apego á los bienes de este mundo han

sofocado en mi pecho las influencias de vuestra caridad y de vuestra gracia, de aquí adelante yo imitaré el valor de vuestros siervos, y me contentaré con Vos, que sois todo mi bien, toda mi riqueza y toda mi ventura. Y cuando pierda los bienes terrenales y la amistad de los hombres inicuos y perversos que oprimen al desvalido, al inocente, ¿qué cuidado se me deberá dar cuando Vos me aseguréis vuestra amistad eterna y unos bienes infinitos que no están sujetos á las mudanzas de la fortuna?